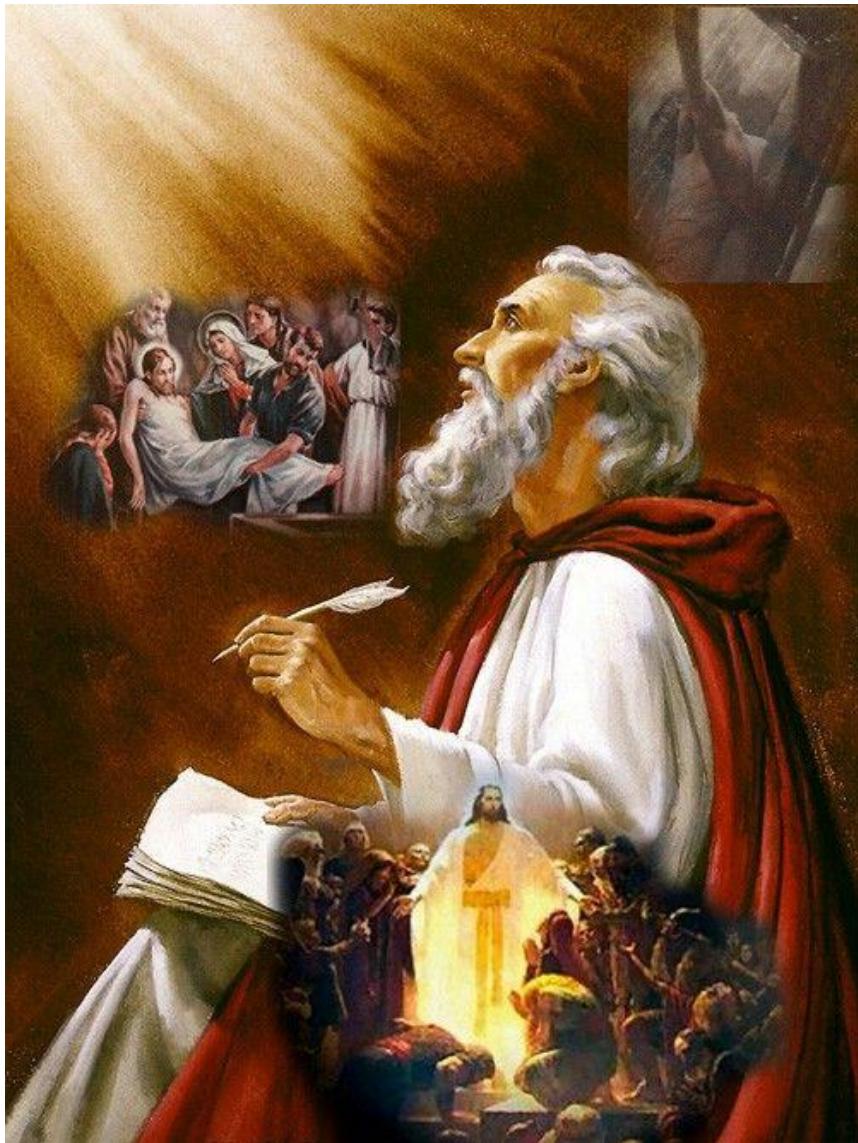


DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO A

2^a Lectura (1 Cor. 1, 1-3)



“Gracias y paz os dé Dios, nuestro Padre, y Jesucristo, nuestro Señor”

«Yo, Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y Sóstenes, nuestro hermano, escribimos a la Iglesia de Dios en Corinto, a los consagrados por Jesucristo, al pueblo santo que él llamó y a todos los demás que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro y de ellos.

La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo sean con vosotros.» (1 Cor. 1, 1-3).

“Yo, Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios”: En esta carta no te cabe la menor duda de quién pudo escribirla. Se presenta a sí mismo su autor: “*Yo, Pablo*”.

Se presenta S. Pablo en su calidad de elegido, “*llamado*” por Dios, pues nadie se puede arrogar esta dignidad de apóstol. Como apóstol que es S. Pablo, escribe con autoridad, porque la tiene recibida de Dios:

«UN APÓSTOL.

Cuando escribe a los romanos empieza de otra manera, porque otro es el motivo para escribirles... En este texto es llamado apóstol, es decir, enviado a los gentiles por voluntad de Dios. Pablo se refiere a aquellos a quienes Cristo no había enviado y, en consecuencia, no era verdadera su predicación... Pues habían surgido muchas sectas que interpretaban el Evangelio de Cristo a su arbitrio, de las que existían todavía ramas sin fruto, y cuyos defensores alborotaban a las Iglesias. En esta carta el Apóstol escribe de todo lo que se opone a las herejías, y se presenta como el verdadero predicador, porque, por voluntad de Dios, ha sido enviado por Cristo.» (AMBROSIÁSTER, Comentario a la Primera Carta a los Corintios; CSEL 81/2, 4).

La condición de “*apóstol*” en S. Pablo queda orientada por el genitivo: “*de Jesucristo*”, y desautoriza toda pretensión sustitutiva del Señor. ¡Nadie puede desplazar el liderazgo del Señor por líderes humanos o angélicos! Y se presta a mucha confusión el afán de ciertas instituciones religiosas promocionando fanáticamente a su líder.

El seguimiento de la voluntad de Dios será lo que fortalecerá a S. Pablo en los momentos delicados de la persecución por causa del Reino de los Cielos. Sintiéndote en el lugar que te corresponde y amparado por Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué puedes temer, o qué te puede deprimir?

“Y Sóstenes, nuestro hermano”: “Sóstenes” no recibe el título de apóstol, como sí lo reciben otros como S. Pedro (1 Cor. 9, 5; Gál. 1, 18), Santiago (Gál. 1, 19), Andrónico y Junia (Rom. 16, 7), Apolo (1 Cor. 4, 9), Bernabé (1 Cor. 9, 6) y los Doce apóstoles (1 Cor. 15, 7).

De la misma manera que “Sóstenes”, Timoteo y Tito tampoco reciben el título de apóstoles. Parece que el título de “apóstol” se lo reserva S. Pablo para los discípulos que fueron llamados directamente por Nuestro Señor Jesucristo, no por mediación de otros apóstoles o discípulos del Señor.

Parece que este “Sóstenes” viene a ser el mismo que S. Lucas menciona en los Hechos de los Apóstoles sufriendo persecución por el nombre del Señor Jesucristo:

«Entonces todos ellos agarraron a Sóstenes, el jefe de la sinagoga, y se pusieron a golpearlo ante el tribunal sin que a Galión le diera esto ningún cuidado.» (Hech. 18, 17).

La mención a “hermano”, referida a “Sóstenes”, da a entender que no era un mero cristiano, sino que se le supone un estrecho colaborador en las tareas apostólicas de S. Pablo.

“Escribimos a la Iglesia de Dios en Corinto”: Se está refiriendo S. Pablo con el nombre de “Iglesia” al pueblo de Dios, es decir, a la asamblea litúrgica. En la antigüedad se refería especialmente a la peregrinación del pueblo de Dios por el desierto tras la salida de Egipto.

No se trata de “la Iglesia de Corinto”, como federada con otras Iglesias, pues multiplicaríamos el número de Iglesias, cuando en realidad sólo hay una Iglesia. Se trata más bien de toda la Iglesia “que está en Corinto” y en cada corazón de los fieles de Corinto.

“A los consagrados por Jesucristo”: S. Pablo escribe a “la Iglesia de Dios”; es decir, a los “consagrados por Jesucristo” (ungidos con su Sangre sacratísima). Un cristiano no se entiende si no es un consagrado,

un santo. Si su vida es profana ha perdido su vocación a la Iglesia del Señor, se ha paganizado: se ha perdido.

Esta consagración eclesial se hace en el bautismo. Viene a ser una participación en la filiación divina, gracias a Nuestro Señor Jesucristo. El cristiano, por el mero hecho de ser bautizado, ha entrado en un territorio sagrado. Sería una traición a Dios salirse de esta órbita sagrada para paganizarse en las realidades mundanas.

“Al pueblo santo que él llamó”: Estos “*consagrados por Jesucristo*” mediante el bautismo son los que forman el “*pueblo santo*” de Dios. Esta asamblea santa (“*pueblo santo*”) ya había sido mencionada en el Antiguo Testamento:

«*El primer día tendréis reunión sagrada; también el día séptimo os reuniréis en reunión sagrada. Ningún trabajo se hará en esos días, salvo la comida para cada uno. Esto es lo único que podréis hacer.*» (Ex. 12, 16).

«*Habla a los israelitas y diles: Solemnidades de Yahveh que convocaréis como asambleas santas. Estas son mis solemnidades: Seis días se trabajará, pero el séptimo día será de descanso completo, reunión sagrada en que no haréis trabajo alguno. Será descanso de Yahveh dondequiera que habitéis. Estas son las solemnidades de Yahveh, las reuniones sagradas que convocaréis en las fechas señaladas.*» (Lev. 23, 2-4).

«*El día séptimo tendréis reunión sagrada; no haréis ningún trabajo servil.*» (Núm. 28, 25).

La nueva “*asamblea santa*”, el nuevo “*pueblo santo*”, es ahora la Iglesia del Señor. Todo bautizado, adquirido con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, pertenece al “*pueblo santo*”.

La santidad ontológica adquirida por el bautismo, la puede perder el cristiano por el pecado personal grave, pero sigue perteneciendo al “*pueblo santo*”. Volvería a recuperar esa santidad personal mediante el sacramento de la penitencia, la confesión. Sólo dejaría de pertenecer al “*pueblo santo*”, la Iglesia, por la apostasía o la excomunión.

“Y a todos los demás que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro y de ellos”: Se extiende un poco más S.

Pablo y saluda también a los que invocan el “*nombre de Jesucristo*” y están en vías de santidad.

Entre todos los cristianos formamos una sola Iglesia. Se subraya la unidad de culto entre los cristianos. S. Pablo alude a la necesidad de unión que debe existir en el cuerpo de Cristo Jesús. Y nada ni nadie puede sustituir al Señor invocando otro nombre.

Resulta un tanto enfatizada en S. Pablo la expresión “*de ellos*”, para dar a entender que no se debe hacer distinción entre ninguno de los que “*invocan en nombre de Jesucristo*”.

“La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo sean con vosotros”: S. Pablo desea para los santos “*la gracia y la paz*” del Santo, Dios.

Anuncia aquí S. Pablo la misión de todo apóstol de Nuestro Señor Jesucristo: proclamar “*la gracia y la paz*”.

Parece que S. Pablo, con el término “*gracia (χάρις)*”, está aludiendo al saludo de los griegos, y con el término “*paz (shalon, εἰρήνη)*”, alude al saludo de los judíos. Supone el universalismo del saludo de toda la humanidad reconciliada en Cristo:

«*En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.*» (Gál. 3, 27-28).

La mención a “*Dios, nuestro Padre*”, y al “*Señor (Κύριον) Jesucristo*”, separados por la cópula “*y*”, expresa con intencionalidad paulina la igualdad de las dos divinas personas.

Para un mundo dominado por el odio y la violencia, el anuncio de “*la gracia y la paz*” por boca de S. Pablo es como una luz en medio de las tinieblas seculares, y hasta milenarias, en las que había maquinado el enemigo de Dios y de los hombres, Satanás. Con esta antorcha cristiana, encendida por Cristo Jesús, podrán los corintios derrotar las potencias del mal, o mejor, podrá Cristo Jesús derrotar las potencias del mal por medio de los corintios humildes y fieles al Evangelio anunciado por S. Pablo.

3^a Lectura (Jn. 1, 29-34)

“Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”

«En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: —Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: “Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel.

Y Juan dio testimonio diciendo: —He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo.

Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.» (Jn. 1, 29-34).

“Al ver Juan que venía Jesús hacia él, exclamó”: El acercamiento de Jesús a la vida del cristiano lo hace prorrumpir en un canto de alabanza al Cordero inocente de Dios, que quita ese pecado, que tiene postrada a la humanidad.

“Jesús que venía”: En esta ocasión no se trata de la ida de Jesús para ser bautizado por S. Juan, sino que se trata del regreso de Jesús del Monte de la Cuarentena, donde se había introducido a impulsos del Espíritu Santo, después de su bautismo, para ser tentado por el diablo:

«Entonces Jesús **fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo.**» (Mt. 4, 1).

- “**Jesús que venía hacia él**”: Jesús busca al profeta. La iniciativa es divina: ¡déjate hallar!
- “**Al ver Juan a Jesús**”: Atención humana: ¡arrojate en sus brazos!
- “**Este es el Cordero**”: Reacción sintética. No hay otro Salvador: ¡búscalos!

“*Exclamó*”: A impulsos del Espíritu, Juan no pudo por menos que soltar su lengua y decir lo que llevaba en su corazón.

“**Este es el Cordero de Dios**”:

- El pueblo de Israel ofrecía corderos para quitar los pecados del pueblo de Israel, no los del mundo entero, a quien despreciaba: ¡perversa pretensión!
- Jesús es el Cordero de Dios que quita no sólo los pecados del pueblo de Israel, sino los pecados de todos los pueblos de la tierra: ¡divino latrocinio!
- Jesús te quita tu peste y te da su salud: ¡divina donación!
- Los hombres quitamos a Jesús la salud:

«*En vano e inútilmente mi vigor he gastado.*» (Is. 49, 4).

- Los hombres le damos a Jesús la peste:

«*;Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados.*» (Is. 53, 4-5).

“**Que quita el pecado del mundo**”: La actividad profética está encaminada a presentar al “*Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*”. El original griego podría traducirse como “*carga sobre sí el pecado del mundo*”. En realidad, éste fue el proceder de Jesús para con los pecados de los hombres. Jesús quita los pecados echándolos sobre sí, y se despoja de su propia vida echándola sobre el mundo para que la tenga entera.

“*Quita*”: Está en tiempo presente. Indica la virtualidad y acción constante de este Cordero: ayer, hoy y siempre será extirpado el pecado del hombre, con tan sólo acogerse con arrepentimiento a la misericordia de su divino perdón. Por tanto, ten siempre confianza de que tu pecado será siempre perdonado, no por tu devoción, sino por su Divina Misericordia.

“*El pecado*”: En singular y con artículo tiene sentido universal. Se refiere a todo acto humano que sea ofensa del Creador. Tanta generosidad no puede por menos que levantar al hombre en confianza a su Creador y Señor.

“*Del mundo*”: Con esta expresión se confirma el sentido universal del perdón. Si con el cordero de la pascua judía se pretendía quitar los pecados del pueblo judío, este Cordero de Dios quita todos los pecados (“*el pecado del mundo*”), de todos los hombres, no sólo de los judíos.

“*Éste es aquél*”: Con estas palabras queda condensada toda la labor pastoral de S. Juan Bautista: ha indicado quién es el Mesías esperado que quita los pecados de los hombres.

“*De quien yo dije*”: En tiempo pasado. Es una alusión al testimonio que anteriormente había dado S. Juan en el bautismo de Jesús. No se trata, por tanto, en este momento, del bautismo de Jesús, sino del retorno del Monte de la Cuarentena.

“*Tras de mí viene un hombre*”: Juan está al servicio del que viene detrás, y por ello fija su mirada en Jesús, que viene. Su misión no tiene entidad propia, es más bien una misión respectiva, viene de Dios, al que ha de anunciar sin aditamentos personales.

“*Que está por delante de mí*”: No tiene un sentido cronológico, sino de dignidad; por eso algunos traducen: “*superior a mí*”. La vida de S. Juan Bautista está al servicio de Dios en exclusiva, no pone por delante de Jesús nada propio ni nada creado. Jesús es todo para S. Juan, y, sin Jesús, todo es nada. Delante del Bautista está el Mesías.

“*Porque existía antes que yo*”: Juan reconoce la preexistencia de Jesús y su calidad ontológica superior, es decir, reconoce la divinidad de

Jesús. La expresión “*existía antes que yo*” es una alusión explícita a la eternidad de Dios en la persona Jesús.

“*Yo no le conocía*”: Esta dificultad, que preocupó en la antigüedad cristiana, tuvo su explicación satisfactoria. Cuando el Evangelista S. Juan dice que el Bautista no conocía a Cristo Jesús, se está refiriendo a un tipo de conocimiento oficial (ministerial) pues todavía no constaba testimonio alguno público desde el que poder probar la mesianidad de Jesús. Pero S. Juan Bautista sí tenía el conocimiento personal privado de Jesús que le atribuye el Evangelio de S. Mateo.

Para entendernos, con nuestra mentalidad occidental podría haber dicho S. Juan Bautista: “*Yo no tenía todavía encargo de anunciar al Mesías*”.

Si S. Juan Bautista se resistió a bautizar a Jesús era porque lo había conocido como Mesías:

«Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él. Pero Juan trataba de impedírselo diciendo: “Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”»
 (Mt. 3, 13-14).

Desde este momento el Bautista es testigo público del Mesías. Habla de lo que ha visto y habla con investidura pública.

“*Pero he salido a bautizar con agua*”: No espera S. Juan a ser investido para salir a predicar la conversión y bautizar a los convertidos. Tampoco esperes tú a que baje un ángel del cielo para moverte a algo bueno: ¡comienza ya!

Es verdad que tiene poca entidad el elemento material que empleará el Bautista para bautizar, pero es lo que tenemos a nuestra disposición los seres humanos. Dios se conformará con tu propia nada puesta a su disposición, luego se encargará Él de llenártela de su Espíritu Santo.

“*Para que sea manifestado a Israel*”: Esta expresión parece una evocación del Antiguo Testamento donde se establecen desposorios junto a las aguas:

«*LOS DESPOSORIOS POR MEDIO DEL BAUTISMO.*

Eleazar dio a Rebeca como esposa [a Isaac] junto al agua de los pozos (cf. Gén. 24, 1-67); Jacob hizo lo mismo con Raquel (cf. Gén. 29, 1-21) y Moisés respecto a Séfora (cf. Éx. 2, 16, 21). Todos fueron figuras de nuestro Señor que desposó a su Iglesia en las aguas del Jordán (cf. Ef. 5, 22-23). Lo mismo que Eleazar, junto a la fuente, mostró a Rebeca a su señor Isaac, que avanzaba por el campo a su encuentro, así también Juan, desde la fuente del río Jordán, mostró a nuestro Señor: “éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn. 1, 29).» (S. EFRÉN DE NISIBI, Comentario al Diatessaron, 3, 17; CSCO 137, (Scrip. arm. 1) 45).

El amor a su pueblo le llevó al Bautista a predicar y bautizar. El amor a la Iglesia debe moverte a ti a evangelizar hasta tu último aliento de vida terrena. La materia de predicación no es otra que el testimonio sobre Cristo Jesús: que quede de manifiesto quién tiene realmente entidad para todas las gentes; por tanto, no inventes nada ni te pongas a ocupar el lugar de Cristo Jesús; sencillamente, transmite a tus hermanos lo que has recibido de Dios.

“Y Juan dio testimonio diciendo”: El testimonio ministerial del Bautista terminó siendo martirial. La vida entera del Bautista es un testimonio de Cristo Jesús, como le corresponde a cualquier naturaleza creada. Es una proclamación de lo que debe ser una vida cristiana, pero también es una censura de cualquier vida mundana. ¿No es una vergüenza que un ser humano dé testimonio del mundo, en lugar de dar testimonio de Dios?

“He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma”: Las alas de la paloma escenifican la imposición de manos con las que se trasmite el Espíritu. Se trata de la escenificación de aquel acto creador primigenio. Por tanto, asistes a una nueva creación:

«Un viento (Espíritu) de Dios incubaba por encima de las aguas.» (Gén. 1, 2).

La imagen de la gallina incubando los huevos, de los que saldrá su nidad, es imagen de la creación. En nuestro caso estamos ante una nueva creación, es decir, ante la restauración de la humanidad rota por la prevaricación de Adán y Eva. Por tanto, Jesús restaura la humanidad caída.

- Las alas de la paloma escenifican una consagración: es una imposición de manos con la que se transmite el Espíritu Santo.
- El Espíritu Santo desciende para lavarte el cerebro.
- El Espíritu Santo desciende para desprofanizarte.
- El Espíritu Santo desciende para desmundanizarte.
- El Espíritu Santo desciende para quitarte apetencias terrenas le tales.
- El Espíritu Santo, abierto el cielo, baja a la tierra para reconciliar al hijo con el Padre.
- Desde este momento eres hijo.

Con el bautismo quedaste consagrado para Dios. Desde este momento has quedado segregado de lo profano, de lo mundano: tu aptitud es solamente para lo santo, pues estás lleno del Espíritu Santo. ¡De qué espíritu está lleno el que no lo está del Santo!

- Despues del **diluvio** Noé soltó una paloma.
- Despues del **naufragio** universal de la humanidad aparece la paloma.
- La paloma **incubaba** el caos para hacer el cosmos.
- El Espíritu Santo **purifica** en Jesús el caos de la humanidad para divinizarla.

Después de la humillación de Cristo Jesús en el bautismo, viene su glorificación de parte del Padre y del Espíritu Santo.

La acción del Espíritu Santo es creadora, al paso que la acción del espíritu mundano es destructora: guerras, latrocinos, extorsiones, abortos, eutanasias, impudicicias...

Dos órdenes mundiales aparecen en la historia, el de Adán y el del Espíritu Santo. Los hijos de Satanás optan por el orden adamítico, que ha quedado cristalizado en el mundo, y los hijos de Dios optan por el orden cristiano, que ha quedado cristalizado en la Iglesia. No te dejes engañar ahora tú con esa pretensión del “*nuevo orden mundial*”, que no es más que un diabólico desorden.

“Y se posó sobre él”: Al igual que la paloma de Noé se posó en su mano, el Espíritu Santo, en forma de paloma, se posó sobre la cabeza de Cristo Jesús:

«Soltó (Noé) a la paloma, para ver si habían menguado ya las aguas de la superficie terrestre. La paloma, no hallando donde posar el pie, tornó donde él, al arca, porque aún había agua sobre la superficie de la tierra; y alargando él su mano, la asió y metióla consigo en el arca.» (Gén. 8, 8-9).

Han cesado las aguas del castigo del hombre por su pecado, como lo anuncia la paloma: al igual que Noé entendió, a causa de la paloma, que habían cesado las aguas del diluvio, el Bautista dio testimonio de que estaba contemplado en la Paloma el fin del mal, anegado por las aguas del bautismo.

El Espíritu de Dios que incubaba en los orígenes para sacar adelante su creación (cf. Gén. 1, 1), levantó el vuelo y se alejó de este suelo que se había vuelto infecto y maldito (cf. Gén. 3, 17). Ahora continúa el Espíritu Santo su acción creadora, pero en otro territorio, sobre Cristo Jesús, es decir, en su Iglesia. ¡Ten cuidado no se te pase la vida alejado de la acción del Espíritu de Dios!

“Yo no lo conocía”: De nuevo reitera el Bautista el secreto que guardaba en su corazón en relación con la manifestación pública del Mesías. Aunque sí lo conocía, no había llegado el momento de darlo a conocer.

“Pero el que me envió a bautizar”: ¿Quién envió a bautizar a S. Juan? –Nada dice el Evangelio. Sin duda se trata del mismo impulso que en el seno de su madre le hizo saltar de alegría:

«En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno.» (Lc. 1, 41).

El Bautista no hubiera osado iniciar su vida pastoral sin la anuencia divina, mucho menos con la particularidad carismática de bautizar con agua a las gentes.

“Con agua”: Este bautismo “con agua” de S. Juan, apunta al otro bautismo definitivo que traerá Cristo Jesús y que será con Espíritu Santo. El bautismo de Jesús es superior al bautismo del Bautista, como es

superior el Espíritu de Jesús al agua de S. Juan. Queda suficientemente diferenciada la antigua y la nueva economía de la salvación.

La salvación por medio del agua estaba ya preconizada en el Antiguo Testamento:

CREACIÓN	DILUVIO (Nueva creación)	BAUTISMO (Nuestra nueva creación)
	40 días y 40 noches de lluvia como preparación para una nueva creación.	40 días y 40 noches de ayuno y penitencia como preparación para nuestra nueva creación.
La creación comienza con nada, tan sólo agua .	La nueva creación comienza con nada, tan sólo agua .	Nuestra nueva creación comienza con nada, tan sólo agua .
El Espíritu de Dios se cernía sobre el agua .	El Espíritu de Dios se cernía sobre el agua .	El Espíritu de Dios viene a nosotros por el agua .

“Me dijo: Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es”: El corazón del Bautista estaba polarizado por el Mesías. Sus ansias santas de verlo actuar públicamente propiciaron el que el Espíritu Santo le indicase el momento oficial en que comenzaba su andadura apostólica.

La humanidad entera, como el Bautista, tiene impreso en su corazón el anhelo de lo divino. Descubrirás el lugar divino en el que puede descansar tu corazón por la presencia del Espíritu. Aquí te aquietarás: habrás llegado a la Iglesia, cuya cabeza no es otra que el Mesías, y cuyos miembros los formamos todos los pobres pecadores, hijos de Adán y Eva, que han pasado a ser hijos de Jesús y María. Fuera de aquí, como ocurre en las sectas, en la vida mundana, en la vida viciosa, etc., no hay aquietarse, sino alboroto interior y exterior. Pero la presencia del Espíritu Santo indica el lugar trinitario, como en los orígenes antes del pecado de Adán y Eva:

«CRISTO RECIBE EL ESPÍRITU PARA QUE NOSOTROS PODAMOS RECIBIR EL ESPÍRITU.

La divina Escritura testifica que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén. 1, 27), que está por encima de todo... Al mismo tiempo, el Espíritu Santo le dio la vida y le dejó impresa su impronta divina (cf. Gén. 2, 7)... Pero después, más tarde, con la transgresión del pecado se ofuscó para siempre la semejanza con Dios, y la impronta divina ya no era limpia, sino que de alguna manera se desfiguró y fue oscurecida por las tinieblas a causa de la transgresión. Pero como el género humano crecía inmensamente y el alma de todos se encontraba devastada, la naturaleza humana fue destituida de la antigua gracia. El Espíritu se alejó del hombre definitivamente y el ser racional cayó en una extrema irracionalidad, hasta el punto de ignorar quién lo había creado. Mas el Artífice del universo, después de haber tenido paciencia durante mucho tiempo, al final tuvo misericordia y determinó reunir el rebaño que vagaba sobre la tierra para atraerlo hacia el cielo, y determinó restablecer a la humanidad la primitiva imagen por medio del Espíritu, pues la impronta divina no podía brillar más como al principio. Veamos ahora cuál fue el plan divino y cómo había impreso en nosotros la gracia inmaculada o cómo echó raíz nuevamente el Espíritu entre los hombres de forma que la naturaleza [humana] fuera restituída al primer estado...

Puesto que el primer Adán no había conservado la gracia que Dios le había concedido, Dios Padre nos envió desde el cielo al segundo Adán. Nos mandó a su propio Hijo, que se hizo semejante a nosotros, que no conocía cambio ni mutación ni tampoco el pecado (cf. 2 Cor. 5, 21), para que, lo mismo que por la desobediencia del primero nos trajimos la ira divina, así también, por la obediencia del segundo, ahuyentáramos la maldición y acabaran sus males (cf. Rom. 5, 19)... Pienso yo que éste fue el motivo por el que el bienaventurado Bautista añadió con provecho: "He visto el Espíritu que bajaba del cielo [como una paloma] y permanecía sobre Él" (Jn. 1, 32). Había huido de nosotros por culpa del pecado, y el que no conocía el pecado se hizo como uno de nosotros, con el objeto de acostumbrar al Espíritu a permanecer en nosotros, sin tener en sí mismo ningún motivo para marchar o retirarse. Por eso recibió al Espíritu, para comunicárnoslo y restablecer a la naturaleza [humana] en el antiguo bien.» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario al Evangelio de Juan, 2, 1; Pusey 1, 182-186).

“El que ha de bautizar con Espíritu Santo”: La acción de Jesús sobre su Iglesia no puede ser más benéfica:

«Os lo enviaré (al Espíritu Santo): y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo

referente al juicio; en lo referente al pecado, porque no creen en mí; en lo referente a la justicia porque me voy al Padre, y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el Príncipe de este mundo está juzgado. Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa.» (Jn. 16, 7-13).

¿Qué más puedes desear en este mundo que no encuentres en la Iglesia fundada por Cristo Jesús?

El bautismo de S. Juan difiere infinito del bautismo de Cristo Jesús. Pero el bautismo de Cristo Jesús quedó en depósito en su Iglesia para ser administrado por sus discípulos, de aquí que la grandeza del más pequeño de la Iglesia sea mayor que Juan:

«No ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él.» (Mt. 11, 11).

“Y yo lo he visto”: Parece que solamente el Bautista es quien ve al Espíritu Santo en forma de paloma, no el pueblo:

«JUAN TIENE UNA VISIÓN PROFÉTICA.

Aquí resulta evidente que el Espíritu que desciende en forma de paloma sobre el Señor ya bautizado, no fue visto por todos los presentes, sino sólo por Juan, en una especie de visión espiritual. Del mismo modo, de entre toda la gente, sólo los profetas solían ver aquellas cosas que para los demás eran invisibles. Habría sido superfluo decir que Juan testificó así: “Yo he visto el Espíritu”, si todos los presentes hubieran también participado en la visión.» (TEODORO DE MOPSUESTIA, Comentario al Evangelio de Juan, 1, 1, 32; CSCO 4/3, 45-46).

Queda grabado en la retina del Bautista este momento dichoso de su vida, que lo fortalecerá hasta la inmolación martirial. Tiene S. Juan la misma experiencia que tuvo el anciano Simeón cuando la Virgen SS. presentó a su Hijo en el Templo:

«Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación.» (Lc. 2, 29-30).

Cuando un alma ha tenido la experiencia del paso de Dios por su vida, ha quedado transmutada en criatura nueva. Y mientras que no llegue este intenso y feliz momento debes trabajar cuanto esté en tu mano para disponerte intensamente para que Dios se digne tomarte de la mano y llevarte a la consumación plena.

Si Adán se escondió con su esposa Eva entre las higueras del Paraíso para no ver a Dios, ahora un representante de Adán anuncia que por fin de nuevo el hombre ha visto a Dios:

«Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahveh Dios que se pasaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín.» (Gén. 3, 8-9).

“Y he dado testimonio”: San Juan no podía por menos que predicar al Hijo de Dios. Era un fuego que le ardía en su interior, como le ardía al profeta Jeremías:

«Yo decía: “No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre.” Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía.» (Jer. 20, 9).

La negación de Dios por parte de Adán está siendo rectificada por el Bautista. Ahora Dios será confesado por los hombres que están en Cristo Jesús. Pero un testimonio de lo divino fuera de Cristo Jesús sigue siendo una negación de Dios.

“De que éste es el Hijo de Dios”: El conocimiento que S. Juan Bautista tiene de la preexistencia de Cristo Jesús, así como su humildad profunda ante Jesús, sólo se explican si en el Mesías hombre ha visto el Bautista también a Dios.